

XII.

EPOCA FELIZ.

[Casa paterna, San Pedro, Octubre 24 de 1852.]

I.

Ciñen á Guadalajara  
Grandes murallas soberbias,  
Que un ejército enemigo  
Aunque de léjos la acedia.  
A pesar de los temores  
Consiguiéndonos á la guerra,  
Dentro el murado recinto  
La animacion siempre reina.  
Muchas familias con todo  
Saliéronse á las haciendas,  
A los barrios mas lejanos,  
A las vecinas aldeas.  
Frente al costado derecho  
De la gran Capilla nueva,  
Vive en una casa antigua  
Mi nunca olvidada prenda.  
Casa alegre y espaciosa,  
Con las ventanas sin rejas;  
Su segundo pátio es triste,  
Lo circundan tápias negras,  
Prestándole escasa sombra  
Unas retorcidas brevas,  
Y antiquísimo mezquite  
Que poco retoña y medra.  
Por su construccion raquítica  
Derrumbóse tápia vieja,  
Y participa tal casa  
De hermosa y preciada huerta.

Encanto causa á los ojos  
Aunque es propiedad agena,  
En su galano recinto  
Grandes árboles se ostentan.  
Hay perales y manzanos,  
Hay nogales y moreras,  
Limoneros y naranjos  
Y panales de colmena.  
Los añosos pitajayos  
Por los altos muros trepan,  
Y hácia el lado de la calle  
Sus rústicos brazos cuelgan.  
Se ve un pozo de ladrillo  
Bajo una frondosa higuera,  
Con su brocal adornado  
Con primorosas macetas.  
De la sala hasta aquel pozo  
Hay una calle risueña  
De naranjos que embalsaman  
Aquella gentil floresta.  
En tal espacio, muy limpio,  
Regado, en noches serenas,  
En pobres sillas de paja  
Lindas jóvenes se sientan,  
Y de inocentes placeres  
Disfruta la concurrencia;  
Que nunca faltan garzones  
En donde abundan las bellas.  
Ya tienen lugar entónces  
Los gratos juegos de prendas,  
O ya al compas de la música  
Valsan alegres parejas.  
Muger con alma de artista  
Pulsa armoniosa vihuela,  
Y su acento nos regala  
Que es como raudal de perlas.

Canta y al cantar desborda  
 Sus lágrimas de tristeza,  
 Esa *Cruz del Cementerio*,  
 Balada que al alma llega.  
 Todos callan y suspiran,  
 Silencio profundo reina,  
 Baña la luna aquel cuadro  
 Con su alba luz placentera.  
 Citas tengo con mi amada  
 A la hora de la siesta,  
 Y cuando el reloj anuncia  
 De noche las nueve y media.  
 Y hasta esos hermosos sitios  
 Los toques sagrados llegan,  
 De aquellas madres jesusas,  
 O de las monjas teresas.  
 Siempre cambiamos billetes,  
 Flores y palabras tiernas,  
 Con la candidez de un niño,  
 Con la mas pura inocencia.  
 Porque la muger amada  
 Como un ángel se respeta,  
 Y al amarla nos parece  
 Que algo de Dios en sí lleva.  
 A su lado á ciertas horas  
 Leo el romance de *Estela*  
 Y en silencio sus hermanas  
 Hacen sus labores miéntras.  
 Cada mes en magnos días  
 Hay en la Capilla vieja  
 Funcion y escogida música  
 Toca en la funcion de Iglesia.  
 Para oír la santa misa  
 Voy aquel templo tras ella,  
 Que ante Dios arrodillada  
 Es divinal su belleza.

## II.

Viviendo estoy en San Pedro  
 Do tiene una residencia  
 Mi padre, que es muy hermosa  
 Y alegre, segun se cuenta.  
 Mi corazon de seguro  
 Grata, muy grata la encuentra,  
 Que en su plácido recinto  
 Pasé mi niñez risueña.  
 Antes se alzaba en su pátio  
 Fresno de gran corpulencia,  
 Orgullo de aquella quinta,  
 El mas grande de la aldea.  
 Vino abajo y una fuente  
 Lo sustituyó soberbia,  
 De mármoles revestida  
 Y con estátuas espléndidas.  
 Del corredor espacioso  
 Son estucadas las puertas,  
 Las hermosas estaciones  
 Coronan sus marcos, bellas.  
 Los departamentos vários  
 Tienen dilatadas piezas,  
 Decorando las paredes  
 De primorosa asistencia,  
 De retratos de familia  
 Una coleccion completa,  
 Que debidos al bizarro  
 Pincel de artista poeta,  
 La imágen de mis mayores  
 Fieles acaso interpretan.—  
 En la *piezo azul* hay conchas  
 Y colecciones de piedras,

Idolos y antigüedades  
 En roperos y alacenas.  
 Y la alcoba tiene vista  
 A un jardín con pajarera,  
 Do en pilastras de azulejos  
 Hay magníficas macetas.  
 Una fuente lo engalana,  
 Sus cuadros forman estrella,  
 Y hácia los grandes jardines  
 Un enverjado lo cierra.  
 Tres gentiles corredores  
 Lo abrazan, que no lo estrechan,  
 Y en el aire los suspenden  
 Columnas de fierro esbeltas,  
 En las que guías de flores  
 Aromáticas se enredan.  
 En este jardín precioso  
 Que alma y sentidos deleita,  
 En cada estacion del año  
 Florecen plantas diversas.  
 Ya las pionías gallardas,  
 Ya las vistosas anémonas,  
 Las azalias de colores,  
 Las olorosas gardenias,  
 Y los pigmeos naranjos,  
 Y las lujosas camelias,  
 Con sus diademas de flores,  
 Donde llora el alba perlas.  
 El comedor á este sitio,  
 Cuya hermosura recrea,  
 Abre de ricos cristales  
 Sus elegantes vidrieras.  
 Vése allí al fresco pintada  
 La gran ciudad de Venecia,  
 Con su canal y sus góndolas,  
 Con sus palacios é iglesias.

Separa los grandes pátiós  
 Un frontispicio de piedra.  
 Con anchos cornizamentos  
 Y ornamentacion soberbia.  
 Grupos de bella escultura,  
 Aunque de humilde materia,  
 Las artísticas columnas  
 Con arte y primor sustentan.  
 Lucen sus calados ricos  
 Las de fierro hermosas verjas,  
 Que dán entrada á otro pátió  
 Que mas bien es una huerta.  
 Con sus árboles frutales,  
 Su estanque de agua serena.  
 Tras de portada que adornan  
 Colosales cornamentas.  
 Hay una sala espaciosa  
 En donde un villar se encuentra.  
 Doquier alambradas jaulas  
 Sirven de estancia ó vivienda  
 A aves de todas especies,  
 A pavos de caudas régias.  
 Y los ánzares gentiles,  
 Y las gallinetas negras,  
 Con los dorados faizanes  
 Y con las garzas se mezclan.  
 Tejen un toldo de ramas,  
 Que sombra al estanque presta,  
 Un florido limonero  
 Y un gran limo de Amacueca.  
 Lucen sus gallardas pomas  
 Naranjos de frondas tersas,  
 Y un nogal y un chirimoyo  
 La luz del sol interceptan.  
 Hay un garrido guayabo  
 Junto al corredor que lleva

Hasta la humilde entrada  
 De una Capilla pequeña.  
 Crece allí un aldonero  
 Que años y mas años cuenta,  
 De cuyos copos suaves  
 Usaba al hilar mi abuela.  
 Otro enverjado separa  
 El jardin de aquella huerta.  
 Doquier calles caprichosas  
 Lo dividen y atraviesan.  
 Los penachos de los plátanos,  
 De los papayos ondean,  
 Al dominar orgullosos  
 Aquellas tápias soberbias.  
 Doquier árboles frondosos,  
 Verdes, musgosas veredas,  
 Linderos de fresco césped.  
 Franjas de lindas violetas.  
 Laverintos de rosales,  
 Montecitos de verbenas,  
 Y bajo un copado fresno  
 Una gruta de mosquetas.  
 Bosquecillos de granados,  
 Senadores que aderezan  
 Capuchinas y heliotropos,  
 Rosatés y enredaderas.  
 Arcos de hermosas rosáceas,  
 Y en la rústica floresta  
 Los retretes de jazmines,  
 Pórticos de madre selvas.  
 Donosísimos naranjos  
 Con su ropage de yedras,  
 Cuadros de roja alfombrilla,  
 Lindos grupos de azucenas:  
 Y hay tórtolas que se arrullan  
 En el calor de la siesta,

Primorosos pajaritos  
 Que de árbol en árbol vuelan.  
 En las flores estribando  
 Las mariposas aéreas,  
 ¡Cuál liban mieles sabrosas  
 Las zumbadoras abejas!  
 Y aquí y acullá el misterio,  
 La sombra olorosa y fresca,  
 Los gorgoros de los pájaros,  
 Los céfiros que nos besan.  
 En los dorados crepúsculos,  
 En esas noches espléndidas,  
 En que un silencio grandioso  
 Reina en la naturaleza.  
 ¡Cómo este jardin me encanta!  
 ¡Es mi mansion predilecta!  
 ¡Bajo sus hermosos árboles  
 Pienso tanto, tanto en ella!—  
 Sin eceptuar una tarde,  
 Esté nublada ó serena,  
 Sonando las tres al punto  
 Dejo la casa paterna.  
 A pié, llevando tan solo  
 Un baston de cocolmea,  
 Llena el alma de ilusiones  
 Aunque exhausto de monedas.  
 Guardan garridos bridonés  
 Las caballerizas nuestras,  
 Pero de usarlos me impide  
 La vigilancia materna.  
 Echome á andar, sin embargo,  
 Camino de la *Cruz Vieja*,  
 Y voy ganando terreno  
 Por casi borradas sendas.  
 Caen los rayos abrasantes  
 Del sol y mi rostro queman.

Y de mis piés brota sangre  
 Al pisar oculta piedra.  
 En este sitio no hay árboles,  
 Ni sombra, ni agua siquiera,  
 ¡Tengo que andar tanto tiempo!  
 ¡Qué importa si voy á verla!  
 Pronto en la ciudad me interno,  
 Cruzo calles y callejas,  
 Paso el puente del Hospicio,  
 Atras dejo la Alameda—  
 Ya en esos sitios, la tarde  
 Poco á poco se refresca.  
 La campana de San Diego  
 Marca las cinco.—¡Cuán bella  
 A su ventana se asoma  
 O está parada en la puerta!  
 Todo entónces se me olvida,  
 ¿No soy tan feliz con ella?  
 ¡Qué pláticas tan dichosas  
 Allá en la vecina huerta!  
 ¡Mi frente en ántes sombría  
 Se desanubla risueña!  
 Se contentan con muy poco  
 Los que aman así de veras;  
 Un leve apretón de mano,  
 Alguna sonrisa angélica,  
 Una mirada furtiva,  
 Pudibunda y hechicera,  
 La acción de ménos encanto,  
 La mas inocente muestra,  
 ¡A otro mundo nos trasportan!  
 ¡Son de una valía inmensa!  
 ¡Porque es la muger el cielo  
 Que el alma entónces anhela!

## IV.

Los domingos en San Pedro  
 Hay fiestas y alegre bulla,  
 Dánse corridas de toros,  
 Dánse caseras tertulias.  
 En el mercado se expenden  
 Ricas, sabrosas verduras,  
 Zuchiles de lindas rosas,  
 Cestos de gallardas frutas.  
 Ván por placer á la plaza  
 Niñas de hermosa apostura,  
 Y enamorados galanes  
 Con ellas allí disfrutan.  
 Toca en la adornada Iglesia  
 Por largas horas la música,  
 Se pasean por el campo  
 Los que de los campos gustan.  
 Y en aquella hermosa casa  
*De las Castillos*, se juntan  
 Várias alegres familias  
 En las noches que hace luna.  
 Tornan los juegos bizarros,  
 Las intimidades mútuas,  
 Los desahogos del alma  
 Y la alegría mas pura.  
 Lo mismo en casa de Mora,  
 Lo mismo en casa de Luna,  
 En la casa de mi padre  
 Y en otras, y en otras muchas.  
 ¡Cuánto ir y venir de gente,  
 Los grupos doquier pululan;  
 Como el dia de San Pedro  
 Todo es una baraunda!

Los caballos, los guayines  
 Y cien populares turbas,  
 Las carretas desde donde  
 Cantan las mugeres chulas.  
 ¡Cuántas veces delirando,  
 Ebrio de amor y ventura,  
 Atravecé ese camino  
 Por su solitaria ruta!  
 Ya lo bañaran las tibias  
 Claridades de la luna,  
 Ya la niebla de la noche,  
 O las fantásticas brumas.  
 El frío aire del invierno  
 A deshora el campo cruza  
 Y gime en los matorrales  
 Mientras que azota la lluvia.  
 Y de la ciudad distante  
 Llégame á veces confusa,  
 Como si la oyera en sueños,  
 La cadencia de una música.  
 Las estrellas á millares  
 Centellean en la altura,  
 Y los perros en los campos  
 Ladran á veces con furia.  
 Caen las hojas de los árboles  
 Y parece que se escuchan  
 Los misteriosos lamentos  
 De alguien que llora y se oculta.  
 Quizá semejan fantasmas  
 Los troncos de ramas místicas,  
 Áridos y macilentos  
 Como una alma sin ventura.  
 Cualquier rumor sobresalta,  
 ¡Qué de misterios! se duda  
 Si en pesadilla fantástica  
 El alma entre sueños lucha.

Los invisibles espíritus  
 De la noche el aire enlutan,  
 Y escondidos los insectos  
 Dolientes quejas susurran.  
 Se oye rodar un carruaje,  
 Veloz un jinete cruza,  
 Y tal vez reina el silencio  
 Misterioso de la tumba.  
 Pasan con hachas que agitan  
 Al viento báquicas turbas,  
 Cantando tristes canciones  
 Al son de estraña bandurria.  
*El Gilguero, el Patrimonio,*  
 Muy léjos aún se escuchan.  
 Y las voces y las luces  
 Se ván, se pierden, se ocultan.  
 Con su imágen en el alma,  
 Absorto en mi idea única,  
 Camino mirando el cielo  
 Bajo la estrellada altura.  
 Despues de la media noche  
 Llego á San Pedro sin duda,  
 Y atravieso el cementerio  
 Donde hay un farol que alumbra  
 La fachada de la Iglesia  
 Cual lámpara moribunda.  
 A veces en la alta torre  
 O chirrean las lechuzas,  
 O gime el bronce sagrado  
 Si al herirlo el viento zumba.  
 Al traves de arcos ruinosos  
 Brillan las estrellas púdicas,  
 Causan pavor los cipreses,  
 Las antiguas sepulturas.

## V.

Raras veces, raras veces,  
 Llego á la casa paterna  
 A la hora en que reunida  
 Toda la familia cena.  
 Duerme en su alcoba mi padre  
 Pues bien temprano se acuesta.  
 A pesar de haber andado  
 A pié mas de cuatro leguas,  
 Voy á pasear la luna  
 A las calles de la huerta;  
 O en el corredor estrecho  
 Que vé al jardin, dando vueltas,  
 En mágico arrobamiento  
 Me pongo á pensar en ella.  
 Me acuerdo de su mirada  
 Y siento aún que me quema,  
 Tan pura como los rayos  
 De esa luna allá en la esfera.  
 Me acuerdo de su sonrisa.  
 Si el aura en mi torno juega,  
 Saturada de las flores  
 Con la virginal esencia.  
 Me parecen los períodos  
 De su cadenciosa lengua,  
 Los suspiros de la fuente  
 O las eólicas quejas.  
 Las melodías nocturnas  
 Su voz de ángel me recuerdan,  
 Y se apodera de mi alma  
 ¡Ay! dulcísima tristeza.  
 El que no ha amado, no sabe  
 Que inquietud divina es esta—

¡La felicidad del cielo  
 Mezclada con tantas penas!  
 Es la bienaventuranza,  
 Mas gozándose en la tierra,  
 Es la sonrisa entre lágrimas,  
 La estrella entre nubes negras.  
 Seguiré en mi vida errante  
 Entre dudas y entre penas,  
 Con la borrasca en el alma  
 Sin que mi alma comprendan.  
 Hoy vivo y gozo espaciándome,  
 Quizá el peligro me alienta.  
 Esta fatigosa vida  
 De lucha y continúa prueba,  
 Alas presta al sentimiento,  
 La virilidad enjendra.  
 ¿Qué me importan noche á noche  
 Rondas, patrullas, reyertas,  
 Hambre, maltrato y vigilia,  
 Si el alma está satisfecha?  
 ¿Para qué quiero la vida?  
 ¿Qué me vale la existencia?  
 Sin su amor todo me falta.  
 Todo me sobra con ella.  
 Lluevan sobre mí desdichas,  
 Lluevan sobre mí las penas,  
 Lluevan sobre mí los males  
 Y los contratiempos lluevan.  
 Que entre tantos infortunios  
 El alma mía se temple,  
 Se depura, se acrisola  
 Y recobra nuevas fuerzas.  
 Las desventuras humanas  
 Presto acaban en la huesa,  
 Y el amor tras de la tumba  
 Cerca de Dios siempre reina.